

# Don Juan Tenorio y Doña Inés

## Don Félix y Doña Elvira: El mito de Don Juan, el amor y el castigo

María M. Espino

En *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, el mito de Juan se expone abiertamente; y en *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda, el donjuanismo de don Félix se plantea como el de un «Segundo don Juan Tenorio» (v. 100). Tal caracterización de don Félix, provocará en el lector de *El estudiante* y de *Don Juan Tenorio* una comparación ineludible entre el protagonista de la primera y la segunda obra. Ambos personajes, en sus respectivos textos, cumplen roles semejantes pero con matices bien diferentes: el don Juan de Zorrilla desmitifica el donjuanismo, mientras que el de Espronceda lo conserva.

Don Félix de Montemar, en *El estudiante de Salamanca*, es presentado en diversos momentos de la narración a través del narrador de la obra, del personaje mismo, y del discurso del otro. El retrato inicial de don Félix se va construyendo, primeramente, de una manera imprecisa cuando se cuentan las escenas del duelo y la del hombre embozado con su víctima en la calle del Ataúd; luego, el narrador de ese relato indirecto pasa a uno más directo y explícito que nos presenta al estudiante bajo el modelo donjuanesco:

Segundo don Juan Tenorio,  
alma fiera e insolente,  
irreligioso y valiente,  
altanero y reñidor...

(vv. 100-103)

Trazado el perfil de don Félix, la carta de Elvira y el “cuadro dramático” dan carácter demostrativo a lo dicho sobre el personaje. La carta de Elvira, desde la interioridad de su autora, deja ver el desprecio característico del don Juan hacia la mujer conquistada; desdén que es complementado por comentarios del narrador. En esta parte, la figura de don Félix es presentada en función del otro, Elvira. Por la carta sabemos cuán buena era la mujer destruida por el “estudiante”; demostrándose con ello ese rasgo de maldad que posee don Félix que contribuye, de manera negativa, a ir construyendo en donjuanismo de este personaje. En el retrato inicial de don Félix, delineado por el narrador y por Elvira, se nos muestra los rasgos propios del don Juan: burlador de mujeres, valiente, trasgresor de las normas sociales, etc.

El retrato de Don Juan Tenorio, en la obra dramática homónima, se construye en la primera parte de la obra, manteniéndose ese perfil hasta los primeros actos de la segunda parte. Este retrato inicial, al igual que en *El estudiante de Salamanca*, se efectúa en función del discurso del otro, en este caso el de don Luis Mejías. Mientras don Luis Mejías relata sus hazañas en la taberna, hazañas despreciables y de menor valor que las de don Juan, se va construyendo, por medio de la parodia del retrato que don Luis hace de sí mismo, la figura de don Juan que es más valeroso, gallardo y “calavera”.

En la tercera parte del *El estudiante de Salamanca*, el retrato inicial de don Félix se mantiene substancialmente idéntico, pero no por medio del narrador o del discurso del otro, sino por el discurso y la actuación del mismo protagonista que nos ilustra sus caracteres donjuanescos establecidos con antelación en la obra. Las mismas palabras de don Félix van confirmando su ya descrito carácter de don Juan. Primeramente nos comunica su gusto por los juegos de azar, sin importarle perder o ganar:

Necesito ahora dinero  
y estoy hasiado de amores.  
Dos mil ducados señores,  
por esta cadena quiero.  
(vv. 483-486)

También su irrespeto y su poco aprecio por la mujer abandonada: “... A estar aquí la jugara / a ella, al dinero y a mí” (vv. 517-518). En las demás escenas de la tercera parte de esta obra, sigue la caracterización de don Félix: en el duelo con Don Diego de Pastrana, hermano de Elvira, se resalta la maldad, que raya en lo monstruoso, del “estudiante”, capaz de llevar a cabo un crimen sin escrúpulos ni remordimientos. En la cuarta parte de *El*

*estudiante de Salamanca*, en el momento en que comienza la persecución de la dama de blanco (v. 1.117 y ss.), aparece el segundo retrato, ya definitivo, de don Félix de Montemar: de «Segundo don Juan Tenorio» (v. 100) pasa a ser «segundo Lucifer» (v. 1.253), alma fiera que nada teme, que se iguala a Dios retándolo a duelo «provocando la cólera divina» (v. 1.248). Esa persecución de la dama de blanco, que no es más que el viaje a la muerte, le añade al “estudiante” donjuanesco las características de un personaje verdaderamente romántico, el cual es atraído por el misterio de la vida y la realidad de la muerte construyéndose así un retrato binario de don Félix.

Por otro lado, el segundo retrato de don Juan, en el drama *Don Juan Tenorio*, se va construyendo a partir de la segunda parte teniendo como sustrato el primer retrato. En este nuevo retrato se nos presenta un personaje en proceso de transformación: un don Juan arrepentido al enterarse de la muerte de doña Inés; un don Juan bueno, amante, humilde y rendido por su amada. Pero no se puede hablar de un nuevo don Juan en esta obra porque todavía hay en él características propias del primer retrato.

Entre el retrato final de don Félix y el de don Juan se nota una gran diferencia. En el primero, el de don Félix, muestra a un personaje donjuanesco que también es romántico. Si primeramente don Félix aparece como un burlador de mujeres también es rebelde, satánico que es destruido al ser obligado a cumplir su palabra al casarse con la dama de blanco que es la misma muerte: “—Al fin la palabra que disteis cumplida, / doña Elvira vedla, vuestra esposa es ya” (vv. 1.528-1529). Podríamos entender esto como un castigo (sin intención de moralizar el texto) para ese «Segundo don Juan» de parte de la mujer amada que él se negó a amar. En el retrato final de don Juan, éste se nos muestra con algunos rasgos que han aflorado en su personalidad, los cuales no son propios del donjuanismo. No obstante, ese donjuanismo se mantiene aunque opacado por esos nuevos rasgos que se suman a su caracterización. Es por ello que hablar de una transformación en el personaje de Zorrilla no es lo más apropiado. Más bien parece que en este personaje se funden dos perfiles diferentes: uno pendenciero, osado y “calavera”; y otro enamorado, arrepentido y temeroso ante la muerte, aunque la desea para poder unirse a su amada: “... prepara un lado a don Juan / en tu misma sepultura” (vv. 2952-2953).

El castigo que recibe don Juan Tenorio es su muerte a manos del capitán Centellas. Pero después de muerto don Juan recibe el perdón de Dios a través del sacrificio de su amada. Doña Inés ofrece su alma a Dios en precio del alma impura de don Juan sin importarle que podría correr el riesgo de perderse con él:

... «Espera a don Juan  
en tu misma sepultura.  
Y pues quieres ser tan fiel  
a un amor de Satanás,  
con don Juan te salvarás  
o te perderás con él»...

(vv. 3002-3007)

Doña Inés le da a don Juan la posibilidad de arrepentirse, de salvarse y de estar juntos nuevamente:

No: y ve que si piensas bien,  
a tu lado me tendrás;  
más si obras mal, causarás  
nuestra eterna desventura.

(vv. 3016-3019)

En cambio, el castigo que recibe don Félix es casarse con la mujer que burló y olvidó, encontrando con ello la muerte y la perdición de su alma en el infierno. Elvira conduce a don Félix a lo sobrenatural, al reino de la muerte, lo que ella quiere es estar junto a él sin importarle que su alma se salve, más bien busca su perdición. La figura de Elvira muerta es la de una calavera y está relacionada con la del diablo. Don Félix no se salva porque no se arrepiente, no le duele la muerte de la mujer que lo amó, no invoca a Dios para pedirle perdón sino para retarlo. No se salva porque en él no hay amor.

Mientras que don Juan se salva porque al ver y escuchar a doña Inés muerta, la mujer que amó en vida, se arrepiente, pide perdón, por ende, hay amor en él. Doña Inés, muerta por amor más no por traición, sigue amando a don Juan en el mundo sobrenatural. Ella perdona a don Juan y busca con vehemencia su salvación.

El afloramiento de esos rasgos buenos en don Juan justifica la actitud de doña Inés y el sacrificio de ésta por el alma de su amado. Por el contrario, la persistente rebeldía del "estudiante" lo condena; el desamor de éste por Elvira es lo que causa que su amada no lo perdone y se lo lleve al infierno, aunque lo siga amando. A don Juan lo salva el amor que siente por doña Inés y viceversa:

los justos comprenderán  
que el amor salvó a don Juan

al pie de la sepultura  
(vv. 3793-3795)

A don Félix lo condena su desamor por Elvira, por ende, por no haber correspondido a su amada y por haberla traicionado.

La muerte, en ambas obras románticas españolas, está íntimamente relacionada con la figura de la mujer y con el amor. Estos elementos, la mujer y el amor, son los que pueden salvar o condenar el alma. Por un lado, doña Inés es un ángel, está con Dios, es amada por el hombre que ama y por consiguiente perdona y salva; por el otro, Elvira está representada por una calavera, está con el diablo, es desdichada y despreciada por el hombre que ama, por tanto, no perdona y condena.

Como ya se dijo, en *Don Juan Tenorio* y en *El estudiante de Salamanca* se plantea el mito del don Juan, en aquella de manera directa y en ésta en forma indirecta. En la obra de Zorrilla se desmitifica el donjuanismo: una vez planteado el tema con claridad, se muestra al final de la pieza teatral un personaje totalmente diferente al mito de don Juan, ya no es rebelde, está arrepentido y enamorado. Mientras que en la obra de Espronceda, el mito se mantiene hasta el final del texto. Don Félix refleja su rebeldía y su desprecio por la mujer burlada: desde el principio del relato lírico hasta su fin, el "estudiante no cambia su actitud sino que se empeña hasta la tozudez en su no arrepentimiento".

#### Bibliografía:

- Espronceda, José de. *El estudiante de Salamanca*. Edición de Benito Valera Jácome. Decimosexta edición. Madrid: Ediciones Cátedra S. A., 1994. 125 p. (Letras Hispánicas, 6)
- Uslar Pietri, Arturo. "Don Juan." En: Autor. *Valores Humanos* (Biografía y Evocaciones). Caracas-Madrid: Editorial Mediterráneo, 1982. Tomo III, pp. 18-22.
- Zorrilla, José. *Don Juan Tenorio*. Edición de Aniano Peña. Decimoquinta edición. Madrid: Ediciones Cátedra S. A., 1994. 226 p. (Letras Hispánicas, 114)